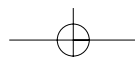
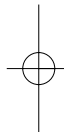
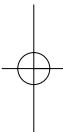
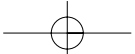
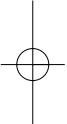
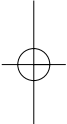


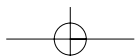
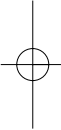
LA CIUDAD DE SAIS, EN EL DELTA DEL NILO,
SIGLO VI A. DE C.

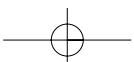
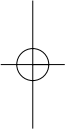
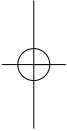




1

EL HIJO DEL OCASO





El hijo del ocaso

Los pájaros, asustados, alzaron el vuelo con un sonoro batir de alas, atravesaron el jardín y buscaron refugio bajo el follaje de las higueras, acacias y sauces plantados al borde de los estanques. Las ocas dejaron de graznar y volvieron la cabeza hacia la ventana de palacio de donde escapaban aquellos terribles alaridos. La voz se quebró en quejidos, se desgarró en lamentos y, por fin, se calló. Sentadas bajo una pérgola cargada de uvas, Tirya y Merit-Ahmés cruzaron una mirada elocuente. El hijo de Ninetis acababa de nacer.

—¡Vamos a ver al bebé! —propuso Sehuna, que jugaba a su lado con *Totis*, su pequeño mono—. Me gustaría saber si parece un renacuajo.

Tirya cerró los ojos, se puso una mano sobre el corazón y rezó de nuevo a la diosa Tueris¹ por haberle dado a Ninetis una niña en lugar de un niño.

—He llegado a pensar que nunca iba a dar a luz —comentó Merit-Ahmés, embarazada de seis meses—. Durante más de

1. Diosa con cabeza de hipopótamo, asociada a la imagen de la fecundidad. Al igual que Bes, protege a las embarazadas, asegura un buen parto y vela por el recién nacido.

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

un mes, los médicos de palacio han permanecido junto a Ninetis día y noche, como si tuvieran miedo de que, al final de la gestación, alguien pudiera atentar contra su vida o la del niño que esperaba.

—El Faraón estará también a su lado —supuso Tirya.

—Es su obligación como padre —indicó la reina—. Ahora que ha nacido el niño, Ahmés elevará a Ninetis al rango de concubina.

—Pero tú eres la Gran Esposa Real —afirmó Tirya—. ¡Dame pronto un hermano! No me atrevo ni a imaginar el futuro si el único heredero varón lleva la sangre de Ninetis.

—El destino de Egipto está en manos de los dioses.

—Que a veces se divierten con juegos crueles.

En ese momento sonaron las trompas, lanzando su canto claro desde lo alto de las torres y murallas.

—Son trompetas de bronce —apuntó Sehuna al reconocer el timbre—. Anuncian el nacimiento de un niño.

Tirya se encogió como si le hubieran dado un puñetazo en el vientre y se quedó sin respiración, la mirada perdida. Casi ni escuchó las trompas que sonaron cuatro veces para difundir por la ciudad y el Nilo la noticia del gran acontecimiento: la llegada al mundo del hijo del Faraón. Merit-Ahmés asió el brazo de la joven y lo sacudió suavemente.

—El deber y la educación nos mandan que vayamos a visitar a Ninetis —le recordó la reina.

La princesa tardó en reaccionar. Sus ojos vagaban por el cielo, por los retazos del día que terminaba.

—Qué tarde tan extraña —observó la joven—. No es roja, ni púrpura, ni amarilla. Parece enferma, plagada de úlceras grises. El sol huye de la noche que avanza por el este. Pero la oscuridad no viene vestida de un hermoso azul oscuro, sino de tonos tierra, los colores de las colinas de Persia.

Con una ligera presión de los dedos, Merit-Ahmés invitó a Tirya a levantarse y acompañarla. Sehuna caminaba detrás de ellas, con el mono en el hombro. Cuando la reina y la princesa

El hijo del ocaso

atravesaron los pasillos, en dirección a los apartamentos de Ninetis, los guardias se pusieron firmes. Al abrirse la puerta de la habitación, Tirya y Merit-Ahmés descubrieron al Faraón y a Maya, la nodriza, inclinados sobre una cuna de mimbre. Salsa —la doncella de Ninetis—, la comadrona, un médico y algunas sirvientas jóvenes rodeaban solícitos el lecho donde descansaba la hija de Haibria. En los cuatro rincones de la estancia había estatuillas de Tueris fabricadas en cerámica azul, para que el parto se desarrollara sin complicaciones. Ahmés se separó de la cuna para que su esposa y su hija pudieran acercarse al recién nacido. La mirada del Faraón se cruzó con la de Tirya, que expresaba un profundo disgusto. Ni siquiera él estaba contento. El bebé gesticulaba como si no se sintiera cómodo entre las sábanas. Maya lo cogió para acunarlo. Tirya quiso tomarlo en brazos.

—Así que tú eres mi hermanastro —murmuró con voz dulce—. ¡Pero qué pequeño eres! Si pareces prematuro...

Merit-Ahmés soltó un ligero suspiro.

—Sin embargo, ha tardado mucho tiempo en nacer.

El niño empezó a llorar, se puso colorado y casi se ahoga en sollozos.

—¿Qué hace ese mono aquí? —gritó Ninetis de repente—. ¿Queréis que mi hijo coja alguna enfermedad?

Ahmés estuvo de acuerdo en que la habitación de un bebé no era sitio para un mono y aconsejó a Sehuna que lo sacara al jardín.

—¡Y que esa piojosa no ponga nunca más los pies aquí! —soltó Ninetis.

—¡Bah!, *Totis* es mucho más guapo que tu renacuajo —se defendió la niña, desairada.

A continuación, se encogió de hombros y salió con la cabeza alta, el paso firme y un gesto de desdén.

—Mira —comentó Tirya cuando le devolvía el bebé a Maya—, ¿qué tiene en el cuello?

Entre la nuca y el hombro, la criatura presentaba una mancha en la piel con forma de media luna.

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

—Es algo sin importancia —certificó el médico, que se había acercado—. Tanto el niño como la madre gozan de perfecta salud. Es lo único que debe contar para nosotros.

—Estoy agotada —declaró Ninetis—. Me gustaría quedarme sola. ¡Y dejad de agobiar al crío pasándolo de unos a otros! Sus chillidos me dan dolor de cabeza. Procurad también que Sehuna no persiga nunca más a las ocas por el jardín. ¡No hay nada peor para los oídos!

Luego tiró del vestido de Salsa.

—Haz lo posible para que la reina y Tirya no se acerquen a mi hijo —susurró a la sirvienta—, y no aceptes ningún regalo suyo. Estoy segura de que intentarán hacerle daño.

Tirya salió de la habitación en compañía de su padre y Merit-Ahmés. Menelao, el oficial griego al mando de la guardia personal del soberano, hizo una señal a la escolta para que se colocara detrás del rey.

—Mañana presentaré al niño en el templo —indicó el Faraón—. Debo darle un nombre para que lo conozcan los dioses y los hombres.

—¿Ninetis te ha hecho alguna propuesta? —preguntó la reina.

—Sí, pero es inaceptable —respondió Ahmés—. Ella quiere que se llame Haibria, como el anterior Faraón, su padre. De esta manera, espera reunir a todos sus partidarios en torno al niño. Sin embargo, yo deseo que mi sucesor en el trono de Egipto sea tu hijo y no el de Ninetis. Hay que evitar la repetición de las luchas entre los dos bandos.

—Llámale Hedyu² —sugirió Tirya.

Sehuna estaba sentada en un banco de piedra de la gran galería. Cuando vio al Faraón, agarró a *Totis* por la cola y lo tomó en brazos. Tirya cogió a la niña por la cintura al pasar por su lado.

—Voy a dar un paseo en carro por la ciudad. ¿Te vienes?

2. Cabeza de cebolla.

El hijo del ocaso

Sehuna aceptó entusiasmada. El aire de la carrera le sentaría bien. Además, la princesa podía convencer al maestro de tiro para que las llevara al bosque de papiros, donde el viento hacía cantar a las cañas de tal modo que parecía escucharse la voz de Isis.

Al día siguiente, en el instante en que Ra sacaba a la Tierra de las tinieblas de la noche, Ahmés, Maya y el hijo de Ninetis penetraron en la cámara sagrada del templo de Neith, la diosa protectora de Sais. Sobre un pedestal, armada con un arco y dos flechas, la divinidad esculpida en granito negro parecía sonreír al Faraón. En la cámara les esperaba una sacerdotisa adivina vestida con una larga túnica blanca, de mangas plisadas, ajustada al contorno de su cuerpo. La sacerdotisa se inclinó ante el Señor de las Dos Tierras e invitó a la nodriza a depositar al bebé desnudo en una cesta colocada sobre el altar. En cuanto dejó los brazos de Maya, el niño se puso a lloriquear.

—Llora y se retuerce —constató Mutnefer, la sacerdotisa—. Parece que no soporta la mirada de Neith.

—Tiene frío y está asustado —rectificó la nodriza.

Mutnefer prendió el incienso que había en dos recipientes situados a cada lado del altar. Por la cámara se extendió un humo tenue de suave aroma.

—¡Presenta a tu hijo!

Ahmés cogió al bebé por las axilas y lo levantó ante la diosa. El niño agitó los brazos y las piernas como si quisiera soltarse de su padre, y empezó a chillar con voz ronca. Cuando el Faraón lo mantuvo en la nube azul que ascendía en lentas volutas, el hijo de Ninetis tosió. Al final, a punto de asfixiarse, el pequeño dio rienda suelta a una cólera que preocupó a la nodriza.

—Tu hijo es portador de sangre —anunció la sacerdotisa cuando descubrió la mancha de la piel—. El rojo es el color

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

de Seth, el dios maligno. El reinado de este niño traerá a Egipto violencia y sufrimiento.

—El hijo de Ninetis nunca llevará la Doble Corona —aseguró Ahmés.

—Me temo que sí. En el momento de su nacimiento, el cielo estaba teñido de angustia. Neith y el bebé se rechazan mutuamente. Mira cómo la diosa se envuelve en una nube de incienso para sustraerse de él. Y el niño grita en su presencia con toda la fuerza de sus pulmones. Los dioses y los hijos de los hombres sólo reaccionan de ese modo cuando están destinados a enfrentarse.

—¡Pero no voy a arrojarlo a los cocodrilos! —dijo el Faraón, indignado—. ¡Ni a exiliarlo en tierra extranjera!

—Sólo tú puedes tomar ese tipo de decisiones. ¿Qué nombre has elegido para el niño?

Ahmés dejó al bebé en la cesta y extendió las manos sobre él. El chiquillo dejó de llorar.

—Como has nacido bajo el signo de Seth, te llamarás Sethunut, es decir, El Día de Seth. Todas las mañanas de mi vida rezaré a los dioses para que tu destino no se inscriba con letras de sangre —terminó el Faraón con una voz grave que dejaba traslucir su inquietud y preocupación.

El soberano entregó el niño a Maya, quien lo envolvió en un lienzo de lino y lo estrechó contra su pecho para darle calor.

—Que baile el pueblo y corra la cerveza —aconsejó Mutnefer—. Los días de alegría serán cada vez más escasos.

El Faraón salió del santuario con semblante sombrío. La sacerdotisa apagó las lámparas de la cámara sagrada. Los ojos de Neith brillaron un instante en la oscuridad, luego desapareció todo rastro de luz. Mutnefer permaneció en tinieblas, tan inmóvil y fría como una imagen de piedra. Sus pensamientos tomaron la forma de una cobra nocturna, se deslizaron hasta la habitación de Sethunut y subieron por la cuna donde dormía el niño.

El hijo del ocaso

La noche era una fiesta. Había tantas lámparas de aceite encendidas a la entrada de las casas y en las azoteas que la ciudad parecía surcada por serpientes de fuego. Ahmés había ordenado la distribución de panecillos rellenos y cerveza en abundancia. Por este motivo, la principal Casa de Cerveza estaba llena de gente, ya no había sitio en las mesas y muchas personas se habían sentado en el suelo, sobre esteras. Las camareras iban de acá para allá con panes, cántaros, copas, platos humeantes de lentejas y de calabazas rellenas e, incluso, con espetones ensartados en volatería asada. Sobre un pequeño escenario, unas ágiles bailarinas se contoneaban al son de las panderetas y sistros que tocaba un grupo de tañedoras.

—¡Dentro de tres meses, Sais volverá a estar de fiesta! —exclamó Imeni, un mercader de hortalizas que suministraba cada día sus productos frescos a palacio—. La Gran Esposa también va a darle un hijo al Faraón.

—Al final, las historias de la realeza no son tan diferentes de los líos de tabernas —declaró una mujer gruesa y sudorosa—. Si el Faraón se había unido a Ninetis, ¿qué necesidad tenía de buscar una esposa en el país de los nubios?³

—Fue idea de su hija —aclaró Imeni—. Tirya y Ninetis siempre están a la gresca.

—Se dice que la hija del Faraón está enamorada de un muchacho griego —comentó alguien de la mesa vecina—. Si cada príncipe o princesa se une a un extranjero, pronto no reconoceremos nuestro propio país. ¿Y los dioses permitirán algo así?

El mercader se volvió hacia el hombre.

—Seth...

Se calló un momento mientras pasaba entre ellos una muchacha que llevaba unos cántaros vacíos.

—Seth ha puesto su signo en el niño —dijo bien fuerte para que se le oyera por encima del sonido estridente de los sistros.

3. Véase *La hija de Anubis*.

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

—¿De qué manera? —preguntó el otro—. ¿El bebé ha salido pelirrojo?

—No, pero tiene en la espalda la marca del *was*⁴: una especie de horca o de media luna, de color vino. Tal vez Sethunut llegue a ser un gran faraón. Ramsés el Grande nació también bajo la protección de Seth.

El hombre asintió con la cabeza, tranquilizado con la idea de que los dioses se preocupaban por la unidad del país. Una mano se apoyó en el hombro de Imeni, una voz le susurró al oído:

—¿Tú has visto esa marca?

Sorprendido, el mercader balbuceó:

—No..., no, pero la comadrona se lo ha contado a las costureras, que se lo han dicho a las sirvientas y éstas a las cocineras...

—Así que un lunar se ha podido convertir en una mancha tan extensa como un lago —gruñó el desconocido, que llevaba un gorro de fieltro calado hasta las cejas.

—¡No, no! Se trata de una mancha en forma de media luna —afirmó Imeni—. Las afirmaciones de las mujeres han sido muy precisas.

El hombre le dio unas palmadas en el hombro como para agradecerle la información y se dirigió hacia la puerta. El mercader sólo vislumbró un caftán marrón abriéndose paso entre las mesas.

Tirya suspiró hastiada. Con la llamada de los centinelas, el bebé se había despertado de nuevo y sus gritos sobresaltados se colaban por la celosía de la ventana. «Voy a exigirles que se callen —decidió la joven—. Hasta que el niño no duerma

4. El *was* es el cetro protector contra las serpientes. En la parte de abajo termina en una pequeña horca (dos puntas) y en la parte de arriba lleva una cabeza de galgo estilizada que representa al dios Seth.

El hijo del ocaso

toda la noche, los guardias deberán buscar otra forma de comunicación: moviendo una lámpara, por ejemplo...»

La princesa se levantó, cogió un chal y salió de la habitación. «Ninetis no es tonta: quiere desentenderse del niño durante la noche. Ha encargado a Maya y a Salsa que se turnen junto a la cuna de Sethunut y ella se ha instalado en la habitación más alejada de su hijo. Por eso, el mocoso llorón se encuentra cerca de mi cuarto.»

Las lámparas de aceite proyectaban largos rayos de luz sobre las baldosas desde lo alto de los trípodes colocados a intervalos regulares entre las columnas. En ese momento, los soldados que patrullaban por palacio se encontraban en el ala opuesta.

—Tendré que ir hasta el puesto de guardia para pedirle al oficial al mando que mande callar a los centinelas —refunfuñó Tirya.

La muchacha recorrió un pasillo y, luego, atajó por la terraza para evitar una peregrinación por corredores interminables. Cuando llegó a las escaleras que conducían al jardín, un ruido la sobresaltó. Se agachó detrás de la barandilla de piedra y escuchó un nuevo rumor, como de pisadas sobre grava. De inmediato, la joven retrocedió hasta fundirse con la sombra de la estatua de una esfinge. Alguien venía por el jardín. ¿Sería un guardia? No, porque llevaría una antorcha. ¿Un jardinero? Tampoco, era demasiado tarde. ¿Quién entonces? La silueta de un hombre vestido con un caftán marrón se perfiló al pie de la escalinata. Por su forma de mirar a todos lados, Tirya comprendió que no pertenecía al personal de palacio. Casi con seguridad, el intruso había escalado el muro del jardín con ayuda del tronco de alguna de las palmeras que rodeaban la muralla. El hombre subió los escalones, se detuvo a la altura de la estatua y examinó la fachada del edificio iluminado por el resplandor azul de la luna. Tirya contuvo la respiración. Si el intruso daba dos pasos más en su dirección, la descubriría agazapada detrás de la esfinge. En el cuarto don-

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

de el bebé lloraba brillaba una luz. Una voz de mujer canturreaba una antigua melodía para que el niño se durmiera. El hombre atravesó la terraza y se paró ante la puerta que Tirya había dejado entreabierta. Se volvió para echar una mirada alrededor del jardín y escuchó atentamente por si se oía ruido de pasos por el corredor. Más tranquilo, se decidió a entrar en los apartamentos reales.

Tirya estuvo a punto de dar la voz de alarma, pero su curiosidad fue más fuerte. ¿Qué buscaba aquel intruso? La joven lo siguió, deslizándose entre las sombras de las columnas. «No se trata de un simple ladrón, sabe exactamente a dónde va.» Cuando unas pisadas anunciaban el regreso de la patrulla, el hombre dobló a la derecha por una galería. La joven le imitó y se escondió de los soldados para no perder la pista. El hombre del caftán marrón se detuvo en medio del corredor, delante de una puerta. Un tenue rayo de luz se filtraba por debajo del batiente. «¡Es la habitación donde duerme el hijo de Ninetis!», se extrañó la princesa. Atónita, vio que el intruso empujaba la hoja y entraba en la estancia. El niño ya no lloraba, la nana había causado su efecto. La nodriza había dejado una lámpara encendida para tranquilizar al pequeño. El corazón de Tirya empezó a latir acelerado. ¿Y si fuera un tragador de sombras que quisiera asesinar al bebé?

¿Llamar a la guardia? ¡Demasiado tarde! El hombre tendría tiempo de cometer su crimen y escapar antes de que llegaran los soldados. La única solución era el ataque sorpresa. Tirya agarró un trípode de bronce y entró con sigilo en el cuarto. El hombre estaba inclinado sobre la cuna. La princesa se acercó y levantó el arma. El desconocido sintió una presencia a su espalda, se dio la vuelta, se apartó para esquivar el golpe y sacudió a la joven en la sien. Ella se desmayó y el trípode cayó al suelo con gran estrépito.

Tirya sentía que el cielo se había desplomado sobre su cabeza, acompañado de una lluvia de ruidosos meteoritos que

El hijo del ocaso

estallaban dentro de su cráneo como palabras incendiarias y se mezclaban en una algarabía indescriptible. Poco a poco, los sonidos se volvieron más nítidos; las voces, más reconocibles, y el dolor de cabeza, más punzante y opresivo. Entonces, la joven abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo. Sobre ella flotaban algunos rostros.

—Sethunut... —balbuceó Tirya.

—¡Está a salvo con Salsa! No has conseguido tu propósito —soltó Ninetis con voz áspera—. Serás desterrada de Egipto por intento de asesinato del hijo del Faraón.

—Pero... ¿qué dices? ¡Estás delirando! —farfulló la princesa.

La joven separó la mano de Meris, su vieja nodriza, que le limpiaba la cara con un paño húmedo, y se levantó aún vacilante.

—¡Cuenta lo que has visto! —ordenó Ninetis a Maya.

El Faraón, Menelao y el oficial de la patrulla no pronunciaron ni media palabra. Con los ojos fijos en Tirya, esperaban su reacción.

—Acababa de dormir al niño —comenzó la nodriza—. Aunque estoy instalada en su habitación, una cortina nos separa porque necesito oscuridad total para conciliar el sueño —explicó a los tres hombres—. Estaba a punto de quedarme dormida cuando un ruido horroroso me ha hecho saltar de la cama. Sethunut también se ha puesto a gritar. Cuando he descorrido la cortina, he visto a la princesa desvanecida, la cuna volcada y el bebé gesticulando en el suelo. Temía que el niño se hubiera hecho daño con la caída. Por suerte, no...

—¿Qué crees que ha pasado? —insistió Ninetis.

Maya evitó la mirada de Tirya.

—La princesa ha entrado a escondidas, armada con ese pesado trípode, ha tropezado y se ha golpeado ella misma.

—¿Es cierto que has entrado con ese objeto en la mano? —preguntó Ahmés.

—Sí, pero...

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

—¡Ah! —cortó Ninetis— Ni siquiera intenta defenderse. Su intención era clara: quería eliminar a mi hijo. Seguro que Merit-Ahmés no es ajena a...

—¡Estúpida! —exclamó Tirya enfadada—. ¡He salvado al llorón de tu hijo! Si no hubiera sido por mí, lo habrías encontrado muerto en la cuna.

—¿Salvado de qué? ¿De quién? —respondió Ninetis—. ¿Acaso has oído desde tu habitación el reptar de una serpiente o los pasos de un asesino cerca del niño, cuando Maya, que lo tenía en brazos para dormirlo, no ha escuchado nada?

Menelao se rascaba la barba, el oficial se movía incómodo y Ahmés tenía el gesto sombrío de los peores días, pero ninguno dudaba de la inocencia de Tirya. El Faraón le pidió explicaciones a su hija. Ella contó con detalle su accidente nocturno.

—¡Bah! Sólo un tonto se tragaría ese cuento —chilló Ninetis—. Estoy convencida de que Tirya ha abierto la puerta de la terraza para hacernos creer que alguien había entrado en palacio y, a continuación, se ha escondido de la patrulla y ha corrido hasta la habitación de mi hijo.

Tirya le dio a Ninetis una fuerte palmada en la frente.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

—¡Haya paz! —clamó Ahmés—. ¿Tus guardias no han notado nada extraño? —preguntó al oficial.

—No —respondió el hombre—. Sólo hemos oído la caída del trípode, que nos ha alertado. Después hemos encontrado abierta la puerta que da al jardín.

—¿Por qué no has advertido a los soldados? —preguntó el Faraón a Tirya.

—Si los hubiera llamado, el hombre del caftán marrón habría huido y nunca habiéramos sabido a qué venía. Cuando me he dado cuenta de sus propósitos, era demasiado tarde para avisar a nadie. He optado por salvar al bebé.

—¿Habéis bloqueado las salidas? —preguntó Menelao.

El oficial bajó la mirada.

El hijo del ocaso

—No de inmediato —confesó el hombre—. Cuando hemos encontrado a la princesa desvanecida y a Maya a su lado, no teníamos ningún motivo para pensar que el peligro pudiera venir del exterior. He dado orden de registrar el jardín cuando me han comunicado que la puerta...

—Así que el intruso ha tenido tiempo de escapar —concluyó Menelao—. Doblaré la guardia —prometió—. Incluso, mandaré apalea a los centinelas y oficiales de la patrulla de esta noche por haber dejado que se colara ese desconocido.

El oficial retrocedió. Estaba tan encogido que parecía haber menguado en altura.

—De nada servirán esas medidas si no encerráis a Tirya y Merit-Ahmés en sus aposentos —declaró Ninetis—. ¡Hay que vigilarlas a ellas en vez de la inclinación de las palmeras!

—Qué bien te vendría que mi padre nos confinara en un templo del Alto Egipto o nos mandara a This, con las ensartadoras de perlas. Así podrías tejer con toda tranquilidad tu tela de araña alrededor de él. Si no creyera en los encuentros casuales, como ese hombre al que he seguido, me sentiría víctima de un complot organizado por ti, hija de Haibria.

—¡Ya basta! —exclamó el Faraón—. Menelao garantizará vuestra seguridad y la de todos nosotros. Y...

—En lo que a mí se refiere, te ahorraré esa preocupación —le cortó Tirya—. No tengo costumbre de moverme con cuatro soldados pisándome la sombra. Te cedo mi escolta... o mis carceleros. Los necesitas más que yo para defenderte de las intrigas de esa víbora. Ahora que ha nacido su hijo, tú representas un serio obstáculo en su camino hacia el trono. Por mi parte, siento que el aire de palacio se ha vuelto irrespirable. Me iré a Naucratis, a casa de Hermes.

—¡Es una idea estupenda! —aprobó Ninetis—. Pero llévate contigo a la descarada de Sehuna.

—Le gusta demasiado hacer cantar a las ocas —replicó Tirya en tono consternado—. No quisiera privarla del placer de esa justa réplica a los berridos de tu retoño.

TIRYA Y EL LOBO DE LAS SIETE COLINAS

—¡Psss! —silbó Ninetis, que salió de la habitación envarada como una caña de papiro.

Cuando Ahmés la vio alejarse, soltó un suspiro de hastío.

—No me gusta este asunto —confesó a Menelao—. Mañana comunica a Ka que distribuya a sus informadores por las calles de Sais. Tirya no ha podido darnos una descripción precisa del agresor, pero en las tabernas la lengua se suelta con facilidad. Si reunimos algo de información, sabremos por dónde empezar.

Luego quiso comentarle algo a su hija, pero cambió de idea y movió la cabeza como si ya no tuviera importancia. Entonces Tirya se dio cuenta de que su padre estaba profundamente cansado.

